

# **Aportes de Melanie Klein al feminismo psicoanalítico de Dorothy Dinnerstein. Una revisión desde la psicología de Margaret Mahler.**

Martinez, Ariel.

Cita:

Martinez, Ariel (2019). *Aportes de Melanie Klein al feminismo psicoanalítico de Dorothy Dinnerstein. Una revisión desde la psicología de Margaret Mahler. XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVI Jornadas de Investigación. XV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. I Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. I Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-111/217>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ecod/P9r>

# APORTES DE MELANIE KLEIN AL FEMINISMO PSICOANALÍTICO DE DOROTHY DINNERSTEIN. UNA REVISIÓN DESDE LA PSICOLOGÍA DE MARGARET MAHLER

Martinez, Ariel

CONICET - Universidad Nacional de La Plata. Argentina

## RESUMEN

Durante la segunda ola del feminismo varias intelectuales norteamericanas volcaron sus indagaciones teóricas hacia el psicoanálisis. El rasgo distintivo que animó esta aproximación fue el interés por lo que consideramos la ineludible dimensión psicológica de la dominación. Dentro del feminismo psicoanalítico norteamericano de los años 70 existió un claro consenso en Nancy Chodorow y Jessica Benjamin como intelectuales destacadas de este pensamiento feminista. Sin embargo, los aportes arrojados en torno a este tema no han sido ampliamente criticados por otras líneas dentro del campo del feminismo. En este contexto nos interesa recuperar las ideas de Dorothy Dinnerstein. Para ello se realiza una exégesis de textos clásicos para la forma de la autora de la obra de Melanie Klein y, a continuación, se presentan algunas de las dificultades que surgen a la luz de la psicología de Margaret Mahler. Sostenemos que, a nivel teórico, las ideas esbozadas fortalecen las ideas de Dinnerstein. Destacado cuando sus líneas sean objetables desde marcos teóricos y epistémicos contemporáneos, cuando consideramos su pensamiento bajo el horizonte histórico de su época, la potencia de la constitución psíquica a la luz del orden social patriarcal guarda una relevancia y actualidad notable.

## Palabras clave

Dorothy Dinnerstein - Feminismo - Psicoanálisis - Género

## ABSTRACT

MELANIE KLEIN'S CONTRIBUTIONS TO DOROTHY DINNERSTEIN THINKING. AN APPROACH FROM THE MAHLER'S THEORY OF DEVELOPMENT

During the second wave of feminism, several American intellectuals turned their theoretical research towards psychoanalysis. The distinctive feature that animated this approach was the interest in what we consider the inescapable psychological dimension of domination. Within American psychoanalytic feminism of the 70s there was a clear consensus in Nancy Chodorow and Jessica Benjamin as prominent intellectuals of this feminist thought. However, the contributions thrown around this issue have not been widely criticized by other lines within the field

of feminism. In this context we are interested in recovering the ideas of Dorothy Dinnerstein. For this, an exegesis of classical texts for the form of the author of the work of Melanie Klein is made and, next, some of the difficulties that arise in the light of the psychology of Margaret Mahler are presented. We maintain that, at the theoretical level, the ideas outlined strengthen Dinnerstein's ideas. Highlighted when its lines are objectionable from contemporary theoretical and epistemic frameworks, when we consider its thought under the historical horizon of its time, the potency of the psychic constitution in light of the patriarchal social order keeps a remarkable relevance and relevance.

## Key words

Dorothy Dinnerstein - Feminism - Psychoanalysis - Gender

## Introducción

Durante la segunda ola del feminismo varias intelectuales norteamericanas volcaron sus indagaciones teóricas hacia el psicoanálisis. El rasgo distintivo que animó esta aproximación fue el interés por lo que consideraron la ineludible dimensión psicológica de la dominación. Esta idea configuró, sin dudas, el núcleo permanente en las diferentes propuestas que circularon dentro del feminismo psicoanalítico norteamericano de los años '70. Existe claro consenso en considerar a Nancy Chodorow y Jessica Benjamin como pensadoras destacadas de esta deriva del pensamiento feminista. Las indagaciones realizadas desde esta particular intersección han generado, como corolario del interés central anclado en el problema de la subordinación, una teoría feminista de la maternidad. Sin embargo, los aportes arrojados en torno a este tópico no han sido ampliamente criticados por otras líneas dentro del campo del feminismo.

En este contexto interesa recuperar las ideas de Dorothy Dinnerstein, representante de esta corriente del pensamiento cuyas ideas no han circulado ampliamente. *The Mermaid and the Minotaur. Sexual Arrangements and Human Malaise* fue publicado en 1976. Su publicación fue previa a *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender* (1978) de Nancy Chodorow, y mucho más aún que *The Bonds of Love: Psychoanalysis, Feminism, and the Problem of Domination*

(1988) de Jessica Benjamin. Las ideas de Dinnerstein no solo fueron precursoras de una articulación inaugural de un campo de problemas, sino que es posible cercar la especificidad de su pensamiento. Dinnerstein afirmó que tanto la dominación que los varones ejercen sobre las mujeres, como la dominación que el patriarcado, como forma de organización política, ejerce sobre la naturaleza están arraigadas psicológicamente en la exclusividad de la crianza y los cuidados infantiles que los requerimientos de la maternidad imponen a las mujeres. Chodorow también argumentó que la crianza de niños en manos exclusivamente de las madres se encuentra en la base de constructos psicológicos desde los cuales emana la dominación masculina. A pesar de que ambas afirman que la crianza compartida es una pieza clave para el éxito del movimiento feminista, ellas anclan sus argumentos en referentes teóricos diferentes dentro del campo del psicoanálisis.

Nancy Chodorow (1978) se basó en teóricos de las relaciones de los objetos como Ronald Fairbairn (1978), quien asume que la primera experiencia fundamental del infante transcurre en el marco de una fusión con la madre de quien es totalmente dependiente. En términos generales, ella argumentó que los varones devalúan a las mujeres porque los niños deben negar esta dependencia e identificación con sus madres, repudio necesario para convertirse en varones. Por otra parte, Jessica Benjamin (1988, 2018) ofrece argumentos más sofisticados. Tomando aportes de la lectura que Alexandre Kojève (1975) realiza de la dialéctica hegeliana, ella descentra la economía pulsional presente en los tempranos lazos entre madre e infante, para introducir en su lugar el problema del reconocimiento. Esta dimensión le permite ingresar la dimensión política que organiza las estructuras sociales patriarcales al momento de pensar el desenlace psíquico que se resuelve en la interiorización de la subordinación por parte de las mujeres.

### Planteo general

La singularidad del pensamiento de Dorothy Dinnerstein radica en la constante referencia que realiza respecto de las ideas de Melanie Klein (1964, 1991). Dinnerstein inscribe el problemático vínculo entre madre e infante en el supuesto kleiniano de que los primerísimos tiempos de la psique transcurren teñidos por fantasías y sentimientos intensamente ambivalentes hacia la madre. El encuentro con la madre, al menos para el niño que Klein teoriza, se encuentra lejos de configurar una unidad o fusión perfecta. Para Dinnerstein, el dominio de los varones sobre las mujeres refleja la rabia que sienten niños y niñas hacia la primera y más importante mujer que encuentran en el inicio de su vida psíquica: la madre.

No es difícil detectar a Klein en los argumentos de Dinnerstein. Según ésta, la madre configura la fuente máxima de angustia y de alegría que experimenta el infante. De este modo, la madre es vivida al mismo tiempo como objeto venerado del infante debido al anhelo intenso que irradia de los aspectos gratifican-

tes del vínculo, pero, al mismo tiempo, se vuelve el blanco de la desmesura característica de la ira abrumadora y asesina del infante. Dinnerstein, asumiendo la dinámica con la que Klein describe la dinámica temprana de objetos internos de la psique temprana, argumenta que la existencia de un intenso amor hacia la madre, junto con un explosivo e intolerable odio hacia ella. En la psique del infante la madre es dividida en dos. Por un lado se delimitan los aspectos amenazadores y vengativos de la madre. Por otro lado, los aspectos contenedores que ofrecen refugio. Así, la temprana psique experimenta la existencia tanto una madre mala como de una madre buena. El infante es capaz de mantener su conexión con un objeto amoroso y bondadoso a costa de la ineludible formación de un objeto aterrador y hostil contra el cual es necesario defenderse. Así, Dinnerstein está de acuerdo con Melanie Klein cuando ésta afirma que la *posición esquizo-paranoide* es el fundamento y, al mismo tiempo, el principal obstáculo para el desarrollo emocional del infante.

Según Klein, el hecho de que la madre odiada sea también la madre amada exige que el infante experimente culpa. Ante la escisión propia de la posición esquizo-paranoide sobreviene la integración denominada por Klein como *posición depresiva*. Al elaborar la culpa, el niño realiza reparaciones emocionales en torno al objeto. La madre ya no será reconocida de forma escindida, sino como otro separado y completo, un sujeto en lugar de un objeto. Según Dinnerstein, Klein subestima drásticamente los obstáculos de esta posición emocional. Klein enfatiza que la *ansiedad depresiva* suscita temor del niño a que su odio haya dañado irreparablemente al ser del cual depende su vida. Esto es un obstáculo para la *posición depresiva*, y el niño puede defenderse contra esta ansiedad dividiendo a la madre en buena y mala, o mediante una negación maniaca de cualquier dependencia con respecto a ella bajo la forma de fantasías omnipotentes de triunfo o desprecio.

Por otra parte, Klein sostiene que la mayoría de los niños eventualmente elaboran exitosamente la posición depresiva. Esto es lo que Dinnerstein niega. El padre (o padre sustituto) del niño criado por la madre queda exento de la asociación con los afectos inevitables de la infancia. Por lo tanto, está disponible como refugio perfecto de la madre. Esto permite tanto al niño como a la niña escamotear el trabajo de integrar la división entre buenos y malos sentimientos hacia la madre.

La ansiedad depresiva del niño se incrementa a partir de la ansiedad que genera la diferencia sexual de su madre. Por un lado, teme destruir de forma permanente a la madre, a quien necesita. Por otro lado, es incapaz de afrontar el hecho de que necesita a la madre sin sentirse como una niña. Por lo general, el niño alivia tanto su ansiedad depresiva como su ansiedad de género al des-identificarse de su madre (Greenson, 1968) e identificarse con su padre, es decir, negando simultáneamente su dependencia de ella y afirmando que él es un varón idéntico a él. Esta identificación paterna prepara al niño para la participación en un mundo masculino dentro del cual es necesario mantener

bajo control aquellos sentimientos intensamente ambivalentes hacia su madre. En este transcurrir emocional las mujeres vienen a representar objetos fantasmáticos frente a los cuales se establece, a criterio de Dinnerstein, una distancia más o menos despectiva. En otras palabras, la negación maníaca es el camino que los niños varones toman como forma de elaboración ante la posición depresiva.

La niña también se enfrenta con la posición depresiva de forma compleja. Su ansiedad depresiva se redobla por problemas que se derivan de la identidad entre su género y el género de su madre. Debido a que la identificación preedípica de la niña con su madre se experimenta como la fuente, y no como un obstáculo, de su sentido de sí misma en tanto perteneciendo al conjunto de las mujeres, esa identificación será más intensa y más persistente que la del niño varón. La dificultad para la niña es precisamente que, a diferencia del niño, no puede confiar en ninguna diferencia pregnante para desenredarse de la relación abrumadora con su madre. Lo que puede y suele hacer es “transferir al padre –quien comienza con una pizarra limpia, por así decirlo, inocente de asociarse con las penas inevitables de la infancia–, gran parte del peso de [los] sentimientos positivos [hasta ese momento depositados en la madre como parte positiva de la ambivalencia propia de la posición depresiva], mientras que los negativos se ligan principalmente a su objeto original [la madre]” (Dinnerstein, 1976, p. 51-52). Así transforma la división entre “madre buena” y “madre mala” en la división entre la “madre mala” y “padre bueno”; la niña “adquiere un enfoque menos equívoco por sus sentimientos de amor puro, y se siente más libre para experimentar sus quejas contra su madre sin temor a ser excluida por completo de (...) un ser parental mágico y amado” (p. 52). Finalmente, al enamorarse de su padre la niña paga con una “postura de adoración y dependencia hacia los hombres” (p. 52), de este modo el repudio hacia su madre implica el sacrificio de su propia agencia. Así, se generan las condiciones psíquicas a partir de las cuales las mujeres se someten emocionalmente a los varones que participan en su dominación.

Dorothy Dinnerstein propone como arreglo posible la crianza compartida como forma de enfrentar este problema. El equilibrio emocional simbiótico tradicional puede conmovirse cuando los varones participan junto a las mujeres en igualdad de condiciones en el proceso de gratificación y frustración de las necesidades vitales de niños y niñas, así tanto padres como madres se unirán en tanto objetos de amor como de odio, disponibles para la tramitación de las posiciones. Si la crianza fuese compartida, asegura nuestra pensadora, las madres ya no serían el blanco exclusivo de la ira y las agresiones infantiles, las mujeres “dejarán de actuar como chivos expiatorios (...), para el resentimiento propio de la condición humana” (Dinnerstein, 1976, p. 134). Cuando los padres dejen de ser una “categoría de persona aparentemente libre de culpas” (p. 189) a la que los niños pueden recurrir para elaborar su intensa ambivalencia, los “sentimientos separados de amor e ira deberían integrarse en cada

persona individual” (p. 189). Por lo tanto, la crianza conjunta abriría la puerta a la posición depresiva de Klein y permitiría que “nuestro infantilismo [sea] más fácilmente superado” (p. 191). Al haber “crecido” realmente, los varones ya no necesitarían dominar a las mujeres y las mujeres no necesitarían ser dominado por los varones.

El argumento de Dinnerstein parece sugerir que los hijos de padres y madres que han participado conjuntamente en la crianza ya no podrían confiar en una identificación con un padre “no contaminado” para escamotear la confrontación con su propia ambivalencia. Por otra parte, esta afirmación contundente se apoya en el supuesto de que el eje fundamental a lo largo del cual se produce la escisión es el masculino-femenino. Por un lado, las afirmaciones de Melanie Klein (1991) parecen afirmar que la escisión es sutil, compleja, fluida y múltiple como para adjudicar el eje masculino-femenino como su canalización fundamental. Tal vez puede parecer extremadamente literal extraer conclusiones respecto a la organización psíquica temprana del hecho de que primer objeto amado y odiado sea una mujer. Con todo, La misma Klein señala que la decepción y el agravio hacia la madre pueden llevar a alejarse de ella; pero una idealización del segundo objeto, el pene del padre y el padre, puede ser más exitosa y entonces la mujer puede combinar un poco de odio contra la madre y el amor por el padre y más adelante por otros hombres. Según Klein, los primerísimos tiempos de la vida psíquica atraviesan una posición esquizo-paranoide, luego por una posición depresiva alrededor del tercer o cuarto mes de vida. Al final de su primer año el niño que avanza de modo integrado en su desarrollo emocional ya no deviera organizarse teniendo en cuenta la escisión como mecanismo fundamental. Sin embargo Robert Stoller (1968) ha señalado que la “identidad de género nuclear” comienza a consolidarse durante el segundo año de vida, y no está firmemente consolidada de manera irreversible hasta los tres años. De acuerdo a Stoller es, al menos, al año y medio de vida cuando las niñas comienzan a comprender que son niñas (que integran el conjunto de las mujeres), como sus madres, y no como sus padres, y los niños varones comienzan a comprender que son niños (que integran el conjunto de los varones), como sus padres, y no como sus madres.

Por lo tanto, la escisión que Klein postula no puede ser canalizada fundamentalmente a lo largo del eje masculino-femenino. Por un lado, porque los niños ni siquiera son pueden percatarse de este “eje de diferencia” hasta el segundo año de su vida, y, por otra parte, porque la escisión comienza y termina (al menos como constitutiva de la organización psíquica) mientras todavía están en su primer año. Los tiempos de constitución psíquica, tal como aparecen fechados por Klein, requieren algunas modificaciones a la luz de otros aportes. Aquí se intenta demostrar que la revisión de estos tiempos no echa por tierra la propuesta de Dinnerstein en torno a su pensamiento, sino que la fortalecen significativamente.

### Desfasajes kleinianos

Melanie Klein privilegia la fantasía (interna) por sobre la facticidad de la realidad (externa) en su teorización. Esto se debe a que parte del supuesto de que “la fantasía es el corolario mental, el representante psíquico del instinto” (Isaacs, 1952, p. 177), pues asume que “no hay impulso instintivo que no se experimente como una fantasía inconsciente” (p. 177). Por ello los impulsos orales del bebé están necesariamente acompañados por fantasías de un “pecho bueno” capaz de satisfacerlos. Klein data la formación de estas fantasías desde el principio de la vida. Debido a esto no llama la atención que, en su sistema teórico, la fantasía es condición necesaria, y no el resultado, de cómo el bebé experimenta el mundo. Pero esto presupone que el bebé es cognitivamente capaz de formar fantasías. No debe perderse de vista que el enfoque kleiniano de la fantasía está ligado al supuesto de que el infante posee suficiente *Yo* al nacer para establecer relaciones objetales arcaicas y emplear versiones primitivas de mecanismos de defensa, tales como la proyección, la introyección y la escisión.

Observaciones recientes y sistemáticas de los recién nacidos han revelado la participación activa en la interacción que tiene lugar entre ellos y sus cuidadoras. Incluso quienes sostiene más enfáticamente la actividad del bebé no estaría dispuestos a admitir que esta actividad incluye la formación de fantasías. Daniel Stern (1998) argumenta que es solo después de miles de experiencias con el otro que el infante comienza a esquematizar este proceso de ajuste. No es, sugiere Stern, hasta que el bebé tiene al menos tres o cuatro meses de edad que puede formar una imagen interna de aspectos de su interacción con su entorno. Por lo tanto, la idea de un pecho que es “bueno” y un pecho que es “malo” no puede desarrollarse hasta ese momento. Mientras Klein sitúa la posición esquizo-paranoide desde el nacimiento, las condiciones cognitivas no se establecen hasta el final del primer cuarto o tercio de la vida del bebé. Este es precisamente el punto en el que el bebé, según Klein, alcanza la posición depresiva.

La posición implica el reconocimiento de que la madre que gratifica y la madre que frustra son el mismo objeto. Pero este reconocimiento presupone la capacidad cognitiva para formar una representación interna permanente de la madre frente en su ausencia. Es decir, presupone el desarrollo de lo que Jean Piaget (1985) ha denominado “permanencia del objeto”, logro cognitivo que se consolida hacia la mitad del segundo año de vida, y, por lo tanto, las condiciones cognitivas previas para la posición depresiva no se establecen hasta más de un año después del momento del desarrollo adjudicado por Klein. Stern (1998) sostiene, de hecho, que cierto grado de permanencia del objeto con respecto a la madre es evidente hacia el final del primer año de vida. Pero incluso esta fecha, anterior a la sugerida por Piaget, haría imposible para el infante ingresar en la posición depresiva sino hasta seis a nueve meses después del momento estipulado por Klein. Con todo, la permanencia del objeto es condición necesaria pero

no suficiente para la elaboración exitosa de la posición depresiva. No alcanza con que el niño sea capaz de representar cognitivamente a la madre a pesar de su ausencia, sino también debe poder amar a la madre a pesar de su “maldad”, lo que Margaret Mahler y sus colaboradores llama “constancia objetal emocional” (Mahler, Pine & Bergman, 1995), logro que requiere que la representación internalizada del objeto de amor continúe siendo codificado libidinalmente tanto en ausencia del objeto como cuando prima la agresión hacia el objeto. Pero esta constancia objetal (unificación del objeto “bueno” y “malo” en un solo objeto, ahora considerado ambivalentemente) se desarrolla mucho más tarde que la permanencia del objeto referida por Piaget. Hasta que el niño tiene al menos tres años de edad, “la representación mental de la madre puede ser tan vapuleada por violentos sentimientos de cólera, que se desquicie la estabilidad de esta imagen, al menos en su aspecto libidinal, por oposición al cognitivo” (Mahler, Pine & Bergman, 1995, p. 129).

Este es el momento en que el niño experimenta lo que Margaret Mahler ha calificado como “crisis de acercamiento” (durante el cual el niño experimenta simultáneamente una necesidad de, y un temor por, la independencia y la dependencia, de la cual depende su desarrollo. El “niño pequeño”, cada vez más móvil, se encuentra con mayores límites a su movilidad, impuestos por una madre que amenaza con socavar el sentimiento de omnipotencia que resultó de la gratificación más consistente de sus deseos a una edad temprana. Esta amenaza intensifica la ya creciente necesidad del niño de hacer valer su voluntad frente a las exigencias disciplinarias de su madre. Esta necesidad intensificada de establecer su independencia respecto de la madre, sin embargo, aumenta dramáticamente el miedo a perderla (miedo que ya ha comenzado a atormentar el placer que se desprende de sus esfuerzos por consolidar su autonomía). Esta mayor conciencia de su dependencia respecto de la madre, a su vez, amenaza el sentido de independencia del niño y, por lo tanto, se experimenta como un miedo al engolfamiento del cual el niño debe huir. Por supuesto, esto solo sirve para aumentar el terror ante el abandono materno. Y así, el niño del “acercamiento” está atrapado en un doble vínculo del cual no hay escape aparente, y por el cual, responsabiliza a la madre. Por lo tanto, es probable que reproches contra la madre estén en su apogeo durante este período, así como también la ansiedad depresiva del niño.

La tentación de defenderse contra la ansiedad depresiva, mediante la negación que la madre de la gratificación y de la frustración son una misma, y retroceder desde la posición depresiva a la posición esquizo-paranoide, es grande. Así, Mahler argumenta que escindir le permite al niño proteger la buena imagen de la madre de su ira destructiva, desplegada durante el “acercamiento”, e interpreta las conductas aferradas y negativistas del niño, que se alternan rápidamente, como manifestaciones conductuales de la división que tiene lugar en este momento. La estrechez del vínculo temporal entre escisión y acercamiento se refleja en la forma en que Mahler define a la escisión: “mecanis-



mo de defensa que a menudo se encuentra durante la subfase de acercamiento (una vez lograda una cierta medida de desarrollo del yo); el deambulador no puede tolerar fácilmente los sentimientos simultáneos de amor y odio hacia la misma persona” (Mahler, Pine & Bergman, 1995, p. 310). Mahler observa en las parejas madre-hijo que descubrimiento de la diferencia anatómica sexual “ocurría a veces durante el período de 16 a 17 meses o incluso antes, pero más a menudo a los 20 ó 21 meses” (p. 121). Esto corrobora la afirmación de Stoller: la “identidad de género nuclear” se consolida durante la segunda mitad del segundo año de vida, es decir durante el período de acercamiento, momento en el que precisamente el niño se ve envuelto en la compleja problemática de discernir su género. El momento en que la ansiedad depresiva de los niños respecto al destino de su madre coincide con el inicio de la preocupación acerca de si son iguales o diferentes a ella. Parece probable, entonces, que la forma de defensa contra tal ansiedad dependerá decisivamente del modo en que enfrenten esta preocupación. Todo parece indicar que, efectivamente, en este momento la escisión se canaliza fundamentalmente a lo largo del eje masculino-femenino.

Margaret Mahler informa las diferencias de género durante el acercamiento, consistentes con las diferencias de género en que operan las defensas descritas por Dinnerstein. Los niños que observaron durante el acercamiento “eran más motores que las niñas y se resistían más obstinadamente a los abrazos y los besos” (Mahler, Pine & Bergman, 1995, p. 121), a ellos “mostraban tendencia a desvincularse de la madre” (p. 119) y “les resultaba más fácil que a las nenas funcionar por separado: eran más capaces de volverse hacia el mundo exterior, o hacia su propio cuerpo, para obtener placer y satisfacción; también se volvían hacia su padre como alguien con quien podían identificarse” (p. 123-124). La negación maníaca de la dependencia parecía ser la defensa característica de los niños contra su posición depresiva y su ansiedad de género. Aparentemente esta defensa no estaba disponible para las niñas. Justo cuando los niños comenzaban a “gozar de su funcionamiento en el mundo en expansión” (p. 119), “las niñas, en cambio, parecían más absorbidas por la madre en presencia de ésta; exigían una mayor cercanía y estaban más persistentemente enredadas en los aspectos ambivalentes de la relación con ella” (p. 119). Las niñas, tras notar su diferencia sexual, y consecuentemente anudar su proto-identidad de género femenina a un sentido devaluado, con la consecuente catástrofe narcisista que eso acarrea (Dio Bleichmar, 1997), “tendían a volverse contra la madre, reprocharle, exigirle, sentirse defraudadas por ella, y no obstante estar ambivalentemente ligadas a ella” (Mahler, Pine & Bergman, 1995, p.123), así “la tarea de llegar a ser un individuo separado parecía en general, en este punto, más difícil para las nenas que para los varones” (p.123).

### Consideraciones finales

Dorothy Dinnerstein afirmó que el vínculo más intenso y prolongado de la niña con la madre solo puede ser roto por el vínculo

posterior con el padre que se convierte en su objeto idealizado. Aunque las observaciones de Mahler finalizaron antes del período en el que se supone que tiene lugar este giro edípico al padre, su descripción de la identificación preedípica de la niña con su madre corrobora la explicación de Dinnerstein de por qué sería necesario ese giro.

En un contexto teórico donde el polémico entrecruzamiento entre feminismo y psicoanálisis expone profundas polémicas, los aportes de Dorothy Dinnerstein muestran relevancia, no tanto por la propuesta que finalmente se resuelve en sus páginas, pues indudablemente no escapan a críticas en múltiples planos y niveles. Pero su intención de no escindir el orden político del modo en que la psique se organiza en torno al orden social patriarcal resulta inspiradora para continuar explorando estos anudamientos. Tal vez Dorothy Dinnerstein, después de todo, tenga mucho que decirnos.

### BIBLIOGRAFÍA

- Benjamin, J. (1988). *The bonds of love: Psychoanalysis, feminism and the problem of domination*. New York: Pantheon.
- Benjamin, J. (2018). Los lazos de amor: violencia racional y dominación erótica. *PALAVRAS. Revista de Epistemología, Metodología y Ética del Psicoanálisis*, 3: 46-86.
- Chodorow, N. (1978). *The reproduction of mothering: psychoanalysis and the sociology of gender*. Berkeley: University of California Press.
- Dinnerstein, D. (1976). *The Mermaid and the Minotaur*. New York: Harper & Row.
- Dio Bleichmar, E. (1997). *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de los trastornos narcisistas de la femineidad*. Coyoacán (México): Fontamara.
- Fairbairn, R. (1978). *Estudio psicoanalítico de la personalidad*. Buenos Aires: Hormé.
- Greenson, R. (1968). Dis-identifying from mother: its special importance for the boy. *International Journal of Psychoanalysis*, 49: 370-374.
- Isaacs, S. (1952). The Nature and Function of Phantasy. En J. Riviere. *Developments in Psycho-Analysis*. London: Hogarth Press.
- Klein, M. (1964). El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas. En *Contribuciones al Psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé.
- Klein, M. (1991). *Envidia y gratitud*. Buenos Aires: Paidós.
- Kojève, A. (1975). *La dialéctica del amo y del esclavo en Hegel*. Buenos Aires: La pléyade.
- Mahler, M., Pine, F. y Bergman, A. (1995). *El nacimiento psicológico del infante humano. Simbiosis e individuación*. México: Enlace editorial, S. A. de C. V.
- Piaget, J. (1985). *El nacimiento de la inteligencia en el niño*. Barcelona: Crítica
- Stern, D. (1998). *La primera relación: madre-hijo*. Madrid: Morata.
- Stoller, R. (1968). *Sex and Gender, 1*. New York: Science House.